



ESCLAVA DEL PASADO

GLORIA
SWANSON

25
CTS



DWAN, Allan

LA NOVELA PARAMOUNT

Publicación semanal de Argumentos de películas
de la marca

Núm. 25 Cts.

PARAMOUNT

EDICIONES BISTAGNE
PASAJE DE LA PAZ, 10 bis-BARCELONA

Her love Story, 1924

ESCLAVA DEL PASADO

Interesante producción de la vida moderna,
interpretada por la genial artista

GLORIA SWANSON - Ian Keith

Es un film PARAMOUNT

DISTRIBUIDA POR

Paramount Films, S. A.

J. HORTA, impresor, Cortes, 719 - Barcelona

*2 I.332

Zaragoza



Y pasaron veinte años. Joyce Gathaway se había convertido en una joven encantadora que, bajo la vigilancia de Nanita, había crecido adornada de todas las gracias y de todas las virtudes. Su padre había ya

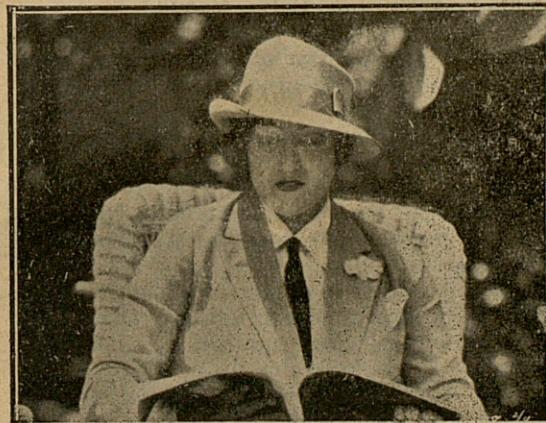
Esclava del Pasado

Argumento de la película

Hace veinte años, cuando los automóviles y los divorcios comenzaban a estar de moda, Nadina Gathaway, casada con uno de los multimillonarios norteamericanos y dotada de una cabeza extra-ligera, abandonó el domicilio conyugal con el escándalo consiguiente.

Una noche realizó la fuga, cansada de la existencia con un marido absorbido eternamente por los negocios. Dejó una carta para él y otra para Nanita, la niñera de su hija Joyce, encargándose la cuidase como una verdadera madre.

Sus ansias de libertad y de placer le hacían olvidar la fidelidad matrimonial y hasta el amor de su hijita.



Joyce Gathaway se había convertido en una joven encantadora...

fallecido, y amargado por el desengaño que le diera su esposa, dejó su fortuna de tal modo, que Joyce debía entrar en posesión de ella al llegar a la mayor edad, en el único caso en que su nombre no se hubiera visto mezclado en ningún escándalo.

Joyce, que conocía vagamente la tormentosa vida de su madre, pensaba que ésta había muerto, pues así se lo había repetido muchas veces el desgraciado papá.

Cierta vez, Joyce, acompañada de su inseparable ama, pasó una temporada en la linda playa de Palm Beach.

Joyce era alegre, juguetona e inocente. Así no es de extrañar que la rodearan siempre una porción de muchachos enamorados de sus gracias...

Entre los que destacaban en admiración por la joven se encontraba Lorenzo Fay, un joven de Nueva York, que para Joyce no era más que un compañero ligero de cabeza, cuyas atenciones no llegarían nunca a ser formales.

Una mañana los dos muchachos jugaban en la playa persiguiéndose alegremente. Rendida de risa y cansancio, Joyce hubiera caído en la arena de no llegar a sostenerla los brazos oportunos del galán...

Los dos permanecieron un momento unidos y cierto individuo que rondaba por la playa a caza de asuntos interesantes, con una máquina fotográfica sacó una instantánea del momento en que los dos jóvenes casualmente estaban abrazados...

Dicho sujeto era un reporter de determinado periódico, amigo del escándalo, un individuo que husmeaba las noticias y murmuraciones de moda.

Inocentes, Lorenzo y Joyce lanzáronse

luego al agua pasando una deliciosa mañana bajo el bendito sol...

Lorenzo se sentía realmente enamorado de Joyce, pero algo grave le impedía declararse.

Unos días después, los dos jóvenes después de haber permanecido en la playa se dirigieron al chalet donde habitaba Joyce.

—¿Qué te parece si jugásemos una media hora al golf antes de almorzar? — le preguntó ella.

—Estoy a tus órdenes, Joyce.

—Espérame...

Y se dirigió al interior de la casa mientras Lorenzo aguardaba en el jardín.

Nanita, la antigua niñera, tenía un instinto protector de madre. Vigilaba todos los pasos de su pequeña con una exactitud de detective. Se enteraba de quienes eran los amigos de Joyce y si le convenía tenerlos.

Conocía a Lorenzo y no fueron muy del agrado sus informes cuando acercándose al joven con quien ya había hablado otras veces, le dijo:

—Amigo mío, aun no le he enseñado esto a Joyce.

Y le señaló un periódico.

—¿Qué quiere usted decir? — preguntó el joven, sorprendido.

—Lea y verá...

Lorenzo leyó:

“La Sociedad de Palm Beach está sor-

prendida por las relaciones de una joven heredera de una cuantiosa fortuna con cierto joven casado".

Y más abajo, pero separada por un asterisco, esta otra noticia:



—¿Qué te parece si jugásemos una media hora al golf...?

"La señorita Joyce Gathaway y el señor Lorenzo Fay son los favoritos de la juventud de ambos sexos en Palm Beach. Según informes autorizados, la señora Fay se encuentra en Nueva York."

Lorenzo quiso excusarse, pero Nanita le interrumpió duramente:

—¿ No le parece a usted que si consultase a su corazón le aconsejaría que volviese al lado de su esposa?

—Fué un error de mi vida. En cambio, Joyce...

Se escucharon unas risas y Joyce volvió al lado de su amigo. Viendo a Nanita, le dijo:

—Nanita, hazme el favor de prepararnos un buen almuerzo.

El ama cumplió el encargo y luego desapareció, lanzando furibundas miradas al joven.

—Nanita te tiene cierta antipatía — dijo ella —, tiene miedo de que nos enamorremos.

—¿ No te gustaría?

—¿ Quién piensa en ello!

Por una ventana descubrieron al ama que vigilaba y Joyce se echó a reir.

—Nanita está espiando — dijo —. Vamos a fingir... La faremos rabiar...

Y simuló que se abrazaban, pero Lorenzo, sin poderse contener, estampó un beso en los rojos labios de ella.

—Eh! — dijo Joyce, avergonzada —. ¿ Te olvidaste de que estamos fingiendo?

—Tal vez para ti era fingimiento, pero para mí no lo es...

—¿ Qué tonterías dices!

Lorenzo levantó la vista y vió clavados en él los ojos del ama. Parecían acusarle. El, un hombre casado, dedicado a hacer el

amor a una niña inocente. Repentinamente serio, dejó los bastones de golf y se despidió de su amiga.

—Pero adónde vas?

—Nada... a seguir el consejo de Nanita. No puedo enamorarte — suspiró.

Y marchó rápidamente, mientras amargos pensamientos le ensombrecían el corazón. Tenía rota la vida. Era verdad. Su deber le obligaba a buscar a su mujer.

Sonriente, pero extrañada, Joyce volvió al chalet.

—Nanita, le has asustado. Ahora tendré que buscarme otro compañero para divertirme — dijo riendo y sin dar importancia a la cosa.

—Yo sé bien lo que te conviene, hija mía. Hazme caso a mí...

Y las dos se abrazaron.

**

Unos días después, en Nueva York, Constancia, la hermosa señora de Lorenzo Fay, recibía un telegrama de su esposo.

“Llegaré diez noche hablar asunto vital importancia.

Lorenzo.”

El telegrama había sorprendido a Constancia, sin embargo, cuando él llegó, estaba ella perfectamente prevenida.

Vestía con rica elegancia, de modo fas-

tuoso. Le extrañaba profundamente la súbita vuelta de su marido.

Lorenzo la saludó cortésmente y se sentó a su lado. Llevaban algunos meses sin verse.

—¿Qué significa tu telegrama? — pre-



—Ahora tendré que buscarme otro compañero para divertirme.

guntó ella—. ¿Por qué has regresado de Palm Beach tan pronto?

—Quiero ver si podemos componer nuestras desavenencias y vivir felices como marido y mujer...

—¡Ah, vamos; vienes a hacer las paces!

—Este es mi propósito. Me casé contigo porque te amaba y porque suponía que nuestro casamiento equivaldría a amor... hogar... y descendencia. Y nada de eso he encontrado a tu lado.

—Lorenzo, te estás volviendo vulgar — dijo ella, que no se preocupaba de otra cosa que de sus lujos.

—Constancia, me enfada tu actitud. Seamos justos una vez en la vida. Me encuentro solo. ¿No quieres ayudar a hacer que nuestra vida merezca la pena de vivirla?

—Yo no me quejo — respondió con desden—. La vida que llevamos me acomoda perfectamente. Yo no veo la razón para cambiarla.

Encendió un cigarrillo. Le contemplaba con marcada indiferencia. Lorenzo sintió que todo era, pues, imposible. Había querido intentar la posible reconciliación, creer que ella sería un poco de alma, algo más que un mueble costoso y bonito. Y comprendía su error.

—Pues si tú no quieres vivir como Dios manda — le dijo—, tendrás que darme mi libertad.

—¡Vamos! ¡Ahora hemos llegado al verdadero motivo de tu regreso!

—No lo creas...

—Si lo que insinúas es el divorcio, te diré que no tengo la menor idea de divorciarme.

—De ti depende...

—Encuentro nuestro matrimonio conveniente y provechoso, y no estoy dispuesta a permitir que otra mujer ocupe mi lugar.

—Pero...

—Puedes ir a decirle esto a tu amiguita



El telegrama de su esposo había sorprendido a Constancia...

Joyce Gathaway de mi parte, siquieres. Ya me he enterado por los diarios de tu "flirt".

Una sonrisa desdeñosa se dibujó en los labios del joven. ¡Qué mujer aquélla! Estaba seguro de que no quería divorciarse porque él era muy rico y ella perdería en-

tonces la fortuna. Sólo quería aquella unión por interés.

Indignado, Lorenzo Fay abandonó la casa tomando de nuevo el tren para Palm Beach. Decididamente iba a declarar su amor a Joyce, pues ella era la felicidad que le brindaba el destino.

Vió varias veces a Joyce en la playa, pero siempre acompañada de varias amigas y esto le impidió hablarla. Además, Nana vigilaba...

La temporada de Palm Beach generalmente se cierra con un baile de máscaras en el Club Everglades. Toda la elegante sociedad va aquella noche al importante Círculo.

La fiesta resultó brillantísima. Muchos jóvenes y señoritas se disfrazaron de artistas imitando unas a Gloria Swanson, otros a Douglas Fairbanks, a Ménjou y algunas a Greta Nissen...

Joyce quiso imitar el tipo delicioso de Mary Pickford. Su éxito fué rotundo. Su papel de muqueñita del mundo resultó algo extraordinario.

Lorenzo Fay, que asistía al baile, vestía de Robin Hood, el personaje creado por Douglas.

Bailaron mucho, rieron ilusionados y contentos... El la había dicho al ver que parecía querer ocultarse a sus ojos:

—¿Por qué tratabas de huir de mí? ¿No comprendes que la separación no puede existir entre nosotros? ¡Yo te amo!

—No quiero que hables de amores. Yo no sé lo que es amor. ¡Déjame reír, reír únicamente!

—No rías más... Yo querría hablarte de cosas muy serias. ¡Si tú supieras lo que pasa en mi corazón!

—¡Vamos, chico! Te pareces más a un Hamlet dispéptico que a un Robin Hood alegre y amoroso. ¡Qué humor!

—Es que si supieras... Necesito decirte...

—No seas triste. Ea, pórtate como si fuéras un Robin Hood de veras y encarámate a este árbol.

Y ella saltó sobre uno de los árboles del jardín adonde se habían dirigido. Luces a la veneciana iluminaban sus avenidas.

Lorenzo quiso olvidar su amargura y reír también. Subióse al árbol y fué persiguiendo a la chiquilla que saltaba con magnífica agilidad.

Uno de los invitados comentó con otro señor al verla gozar de aquel modo:

—Juguetona, ¿no es verdad?

—Ella no lo sabe pero está jugando con fuego — respondió el otro, con dramática entonación.

Acababa de leer cierto suelto en el periódico.

**

Al día siguiente, Joyce leyó en el periódico la triste situación en que se encontraba:

“La esposa de Lorenzo Fay presenta una

demandía judicial contra Joyce Gathaway, la bella heredera millonaria.

La esposa ofendida exige medio millón de dólares por violación de la fe conyugal."

Joyce se echó a llorar al ver su nombre en el periódico mezclado en una campaña de escándalo. ¡Y Lorenzo estaba casado! Una gran desilusión se apoderó de su alma.

Nanita intentó consolarla.

—¿Ves lo que ha sucedido? Ese hombre era peligroso para ti. Yo te lo advertía.

—Pero tú no me dijiste nunca que era casado. Nanita, no me culpes sin motivo. Yo no he hecho nada malo. ¿Cómo es posible que haya alguien que crea esas mentiras? ¿Por qué quieren denunciarme?

—¡Qué desgracia! — gritó la vieja ama—. A esto conduce la vida libre y moderna que has estado llevando. Y si hay que seguir al pie de la letra el testamento de tu padre, es muy posible que te quedes en la miseria.

—El dinero me tiene sin cuidado — dijo, llorando—. Lo que a mí me indigna es que haya personas que crean que soy mala.

Por la ventana abierta vieron que avanzaba Lorenzo Fay por el jardín.

—Aquí está ese bobo — dijo Joyce, furiosa—. Ya lo arreglaré. Por su culpa me veo envuelta en un conflicto... ¡Y con lo que a mí me importa ese chico!

Salió a su encuentro. Lorenzo, que había leído igualmente la denuncia, venía a sincerarse.

—¿No te parece un tanto indiscreto ve-

nir a verme ahora? — le dijo ella—. Todo lo sé. No quiero que sigas con tus flirteos.

—Joyce, ¿es posible que no puedas perdonarme nunca? — murmuró él, desconsolado—. ¡Quién iba a suponer!

—¿Por qué el perdón? Mientras no somos culpables de nada, no veo la necesidad de perdonar.

—Joyce, te oculté la verdad de mi situación. Hice mal. Pero ahora estoy empeñado en conseguir mi libertad para poder casarme contigo.

—Casarme contigo para confirmar lo que tu esposa dice de nosotros? No...

—Pero, Joyce, ¿acaso no comprendes que te amo y que sin ti no puedo vivir?

Quiso besarla y ella se abandonó, casi inconsciente a ese beso gentil. Luego amargamente le apartó de su lado.

—Lorenzo — murmuró con tristeza—, no quiero que vuelvas a tocarme. ¿No comprendes que ahora somos culpables de todo lo que tu mujer dice de nosotros?

—Es que yo te quiero... y tú mequieres también, no lo niegues. Lo conozco en tus ojos.

—No, no — dijo ella con un dolor inmenso—, no es posible. Y ahora más que nunca tenemos que separarnos y... para siempre.

Le tendió la mano y sin querer escuchar sus desesperadas palabras, volvió a la casa.

Lorenzo, abatido, salió lentamente...

Vió Nanita que Joyce lloraba como si

le hubiera costado mucho reñir con el joven.

—Joyce — le dijo—, despidiéndole has hecho lo que debías. Al fin y al cabo, te era indiferente.

—No, Nanita, le amo. Ahora estoy segura de que le amo.

—¿Cómo es posible que digas ese desatino? ¿Olvidas que es casado?

—Tanto si es casado como si no lo fuese, le amo. Más, su mujer puede quedarse con él, si quiere... Yo no pretendo quitárselo. Después de lo que pone el periódico, por nada del mundo me casaré con él.

Y siguió llorando amargamente, derramando las primeras e inolvidables lágrimas del corazón herido.

**

Allá en París, la condesa de Tauro, una rica señora americana casada con un noble francés, al leer un día la noticia del escándalo que envolvía a Joyce, sintió revivir melancólicamente todo su lejano pasado. Y es que la condesa no era otra que Nadina, la madre de Joyce, que llevaba en Europa una existencia aristocrática.

La condesa se imaginaba que su pasado estaba muerto desde que años antes los periódicos dieron la falsa noticia de que Nadina Gathaway había desaparecido en un terremoto en Italia. Y ahora veía ese pasado levantarse de su tumba como un espectro.

Su actual marido era el mejor de los hombres e ignoraba absolutamente la existencia disoluta vivida por su mujer en América. Su fuga del hogar conyugal, el abandono de su hija. Desconocía que en Nueva York una muchacha llevase la misma sangre que la condesa.

El amor hacia su hija que se había debilitado durante tantos años surgía de nuevo, avasallador, en el corazón de Nadina. ¡Oh, aquella campaña de escándalo! Probablemente dejaría sin un céntimo a su niña, envolviéndola, además, en los horrores de la vergüenza pública.

En las reuniones a que asistía, oía la condesa a sus amigas defender a Constancia Fay acusando a Joyce de pretender quitarle el marido. Quiso el destino que Nadina hubiera conocido unos años antes a Constancia en ocasión de un viaje que ésta hizo a Europa. Y le parecía una mujer extraordinariamente peligrosa.

¡Oh, los hijos! Ahora comprendía, al ver desgraciada a su niña, sus responsabilidades inmensas. Se acusaba de haberla tenido abandonada, casi sin noticias. Pero, ¿qué derecho tenía a ello? ¿No creía Joyce que su madre estaba muerta? Ahora la condesa deseaba defender a Joyce de los peligros del escándalo, de la lucha contra Constancia mujer fuerte y terrible.

Un día le dijo a su marido:

—Este año en vez de ir a la Rivera, ¿por qué no vamos a América? Hace tan-

tos años que no estuve allá... Desearía ir a la playa de Palm Beach.

El marido accedió sin comprender las verdaderas intenciones. Y dos días después partían los condes, en lujoso paquebot, hacia el Nuevo Mundo.

Dos semanas más tarde, en Palm Beach, Nanita recibía un misterioso mensaje para que se presentase en las habitaciones de la condesa de Tauro.

Fué extraordinaria su sorpresa al encontrarse ante su antigua señora, Nadina.

—Vengo a ver a Joyce, ¿dónde está mi hija? Recuerde que yo se la dejé a usted para que la cuidase... — dijo la condesa.

—Joyce debe haber llegado hace pocos días a Nueva York custodiada por detectives. Se la acusa de un gran escándalo. ¡Qué inmensa desgracia, señora!

Y le explicó todo lo ocurrido, la demanda de la señora Fay, la petición de divorcio.

—Joyce quiere hablar con la señora Fay en Nueva York para explicárselo todo, para decirle que no es verdad nada de lo que se piense. ¡Mi pobre niña! ¡Si es tan inocente como un ángel!

La condesa se desesperaba.

—Mi hijita... ¿por qué la acusan de este modo? ¿Y cómo dejó usted que partiese para Nueva York?... Esa señora Fay la hará trizas... Si pudiese darle yo mi consejo, hablarla...

—¿Es esto lo que usted quiere? — dijo

el ama, enfurecida. Que la muchachita vuelva a su lado, usted que...

—¡Calla, calla! Pago bien mi pasado... Soy esclava de mis antiguas locuras... Pero ahora soy la esposa de un hombre digno... Y sin embargo, tengo que callar, no puedo atestiguar ante nadie mi derecho sobre Joyce. ¡Mi niña adorada! ¡Ella paga mis errores!

—¿Y quién sino usted tiene la culpa? — dijo el ama.

—Usted es más culpable que yo... Si usted hubiese cuidado a Joyce como debía no dándola esa libertad...

Un criado anunció que el señor conde acababa de llegar. Nanita se despidió de la condesa. Decididamente, se marchaba disgustada. Le era antipática la mujer que muchos años antes había abandonado a su hija...

Nadina procuró limpiarse unas lagrimitas de inmenso dolor y recibió a su marido, tranquilamente. Una cosa le preocupaba. ¡Ir a Nueva York, salvar a Joyce de las garras que consideraba terribles de la señora Fay!

Quejóse a su marido de fuerte dolor de cabeza. Indudablemente no le probaba Palm Beach. ¿Y si fuesen a Nueva York? El conde, hombre bonachón a carta cabal, accedió al nuevo viajecito...

Y apenas llegada a Nueva York, la condesa fué a visitar a Constancia Fay, con

la que había hablado varias veces en Europa, en los grandes balnearios de moda.

La señora Fay tuvo la satisfacción de recibir en su domicilio la visita de su antigua amiga de Europa.

—¡Qué milagro! No la había visto a usted desde el día de la jira marítima en Trouville... — dijo. — Quién pensaba verla por aquí!

Constancia se hallaba con un elegante caballero, el señor Clark, el solterón más simpático de Nueva York — según ella decía, y con el que ella gustaba de cultivar el "flirt".

Tomaron todos el té hablando de cosas indiferentes. Nadina estaba nerviosa. ¡Desearía tanto quedarse a solas con Constancia para comunicarle el verdadero objeto de su visita! Quería salvar por encima de todo a su hija.

Un criado entregó una tarjeta a la señora Fay.

—¡Caramba! — murmuró. Joyce aquí. ¡Qué me querrá esa mujer?

Un misterioso temblor agitó a Nadina. ¡Su hija, su dulce Joyce, frente a aquella hembra cruel! Tuvo que reprimirse para no confesar allí mismo su parentesco.

—¿Es tal vez — preguntó con indiferencia — esa joven personilla que, según leí, la ha estado importunando a usted?

—La misma... La recibiré y voy a desollarla viva — dijo con el odio en los ojos. Si usted quiere puede escuchar lo que le digo

desde la galería. Luego seguiremos nuestra visita....

Nadina, conmovida, aceptó. El destino le llevaba a ver a su hija. La señora Fay la acompañó hasta una galería desde donde, entre cortinajes, podía escucharse todo lo que pasaba en el salón.

El señor Clark esperó en otra salita, y Constancia de pie recibió fríamente a Joyce.

Por entre las cortinas, Nadina atisbó la presencia de su hija. ¡Ella, la niñita abandonada, la sangre de su sangre! ¡Por qué la dejó de aquel modo? ¡Si pudiera abrazarla, llenarla de besos!

—Señora Fay, he venido a verla a usted porque no desearía que hubiese alguna mala inteligencia entre nosotras... — dijo la joven.

—¡Qué bondadosa es usted! — contestó Constancia, irónica. — Mas, ¿no le parece que hubiera sido más acertado ver a mi abogado?

—Supuse que sería más fácil que nos entendiésemos nosotras mismas ...

—Es inútil. Comprendo perfectamente su deseo de evitar el escándalo... A nadie le gusta perder treinta millones...

—Señora, no se trata de evitar nada... Todo comenzó como una broma y los dos somos inocentes ... Por lo menos su marido es...

—La razón es completamente obvia. ¡No minta usted más! — gritó ella, sufura-

da—. Tengo pruebas de todo. ¿Ve usted estos retratos? Mi marido está abrazándola a usted en la playa. Pues esto hay que pagarla con medio millón de dólares...

—¡Oh, señora, qué infamia! Ciento que su marido no me es indiferente. Pero yo no soy ninguna aventurera...

—Pero usted es la hija de una aventurera... y muy célebre, por cierto — rugió la señora Fay.

—¡Oh, mi pobre madre, no hable usted así de ella!

La triste Nadina, en la galería, lloraba... Le horrorizaron aquellas palabras: Aventurera... aventurera... ¡Y luego su pobre niña queriendo defenderla!

—En fin, hemos terminado — dijo Constancia—. El divorcio seguirá adelante... Usted se quedará con mi marido... pero perderá el dinero... y yo en cambio ganaré medio millón de dólares.

—¡Es usted cruel! ¿Por qué me trata así?

—No tenemos más que hablar, es inútil...

Entonces, tambaleándose, creyendo morir, la desdichada joven abandonó el salón, mientras en el rostro de la señora Fay aparecía una sonrisa de triunfo.

Clark y Nadina fueron al encuentro de Constancia. Con un poderoso esfuerzo de su voluntad, la condesa ocultaba el volcán de sus sentimientos.

—Ha estado usted admirable — dijo con

inmensa sangre fría—. Es usted muy lista.

—Esto no es nada en comparación con lo que le haré delante del juez. ¡Ya le enseñaré yo a no inmiscuirse en mis asuntos!

Nadina meditó unos momentos... Sin que la vieran, disimuladamente, se apoderó de los comprometedores retratos. Luego con una extraña sonrisa dijo:

—¿Por qué no hablamos de cosas alegres? ¿Por qué no organizamos una fiesta al estilo de las de París? Mañana por la noche podríamos reunirnos en un sitio delicioso. Usted puede venir con nosotros, señor Clark. Yo llevaré a un joven muy simpático.

El anuncio de una alegre fiestecita entusiasmó a la señora Fay. ¡Qué cosas tenía aquella condesa! Encantada. ¡Con lo que a Constancia le gustaba divertirse!

—Pues hasta mañana por la noche — dijo Nadina, con extraña sonrisa.

*

Nadina, para salvar a su hija de las garras de aquella mujer, tenía un maquiavélico plan.

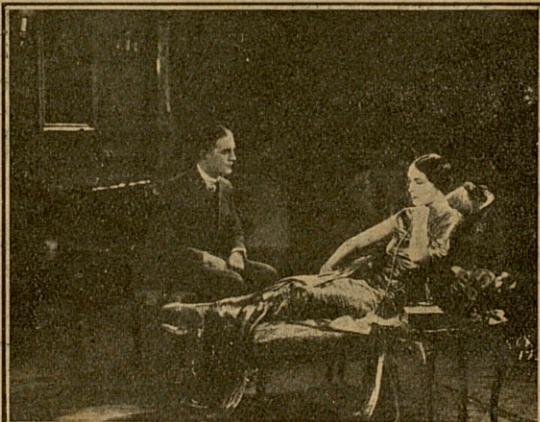
Lorenzo Fay llevaba ya algunos días en Nueva York, desconsolado por la actitud estúpida de su mujer y por su ruptura con Joyce. ¿Qué iba a ser en lo sucesivo de su vida?

Se sorprendió extraordinariamente cuando aquella noche recibió un mensaje de la

condesa de Tauro para que a las doce se presentara en determinado hotel donde encontraría una sorpresa.

La condesa había enviado un aviso idéntico a varios reporters.

En el reservado de un hotel, la condesa,



—...tendrás que darme mi libertad.

un silencioso joven, Constancia y Clark habían cenado opíparamente. El champaña corrió con una abundancia excesiva.

De sobremesa, los cuatro comensales parecían embriagados. Lo estaban casi realmente Constancia y Clark, y simulaban su borrachera la condesa y su misterioso acompañante.

El tiempo iba transcurriendo con inmensa alegría. Clark, que siempre había sentido por Constancia una gran debilidad, comenzó a cubrirla de besos y ésta respondió con igual impetuosidad a las caricias.

La juerguecita era de pronóstico. Nadina sonreía...

De pronto llamaron al teléfono.

Una criada que les había servido a la mesa dijo a Nadina:

—Señora, el señor Fay y los reporters están aquí...

Una vivísima alegría se apoderó de la condesa.

—¿Les hago subir? — preguntó, riendo a Constancia.

—¿A quién?

—A su marido y a los periodistas.

—No diga cosas absurdas...

Y continuó llenando de besos a Clark. El joven amigo de Nadina parecía dormir en un sillón.

—No son cosas absurdas, señora mía — siguió diciendo la condesa—. Mary — le dijo a la doncella—, haga el favor de decir al señor Fay y sus compañeros que suban.

Constancia pareció volver repentinamente a la realidad.

—¿Qué broma estúpida es esta?

—Le aseguro que no es ninguna broma.

—Pues, entonces... ¿Mi marido aquí? No comprendo. ¿O es que está usted más borracha que yo?

Clark temblaba. ¿Qué iba a pasar?

Irguiéndose poderosamente, Nadina dijo, mirando con desprecio a Constancia:

—¿Sabe usted por qué hago esto? ¡Pues porque la condesa de Tauro es también Nadina Gathaway!

—La madre de...! — dijo aterrada.

—Sí, de Joyce Gathaway.., Ahora puede usted explicárselo todo.

Constancia dirigió la mirada por la habitación. Botellas vacías... Clark que estaba borracho.

—¡Dios mío! ¿Qué ha hecho usted? — le dijo—. ¡No quiero verme envuelta en este escándalo!

—Lo mismo le ocurre a mi hija.

—Pero, ¿y usted...? ¿Y su marido? ¿Y ese joven amigo? También para usted el compromiso es grande? ¿No comprende?

—No lo crea. Ese joven amigo es un detective... Roberts, ya puede usted levantarse.

El aludido se levantó. Conservaba una magnífica serenidad...

—Entonces, usted me ha engañado; es usted una traidora.

—Nada de esto. Soy madre, y mi hija está en peligro. Lucharé por ella, mataré si es preciso. Así pagaré el precio del criminal abandono en que la he tenido...

—Pues bien, haga lo que quiera; es inútil.

—¿Lo quiere usted? ¡Pues, sea! Su esposo aguarda en el cercano salón y con él están los reporters de los periódicos de

la mañana. ¿Quiere usted que la encuentren con su amigo en esta habitación? ¿Quiere usted que su esposo se entere de lo falsa y mentirosa que es usted?

—No podrán...

—¿Que no? La acusaremos yo, mi amigo, esta doncella... Todos estamos dispuestos a declarar la verdad. ¡Ah, no podrá usted luchar con mis armas, porque soy madre, y soy superior a usted! Usted creía que yo tenía un pasado famoso, ¿verdad? ¡Pues aguarde a que declare todo lo que sé, a que los periódicos publiquen su historia y verá que la que tiene el pasado famoso es usted. ¡hipócrita!

Horrorizada, Constancia se echó a llorar. ¡No había remedio!

—¿Qué quiere usted que yo haga? — gimió—. ¡Me ha vencido usted!

—Firme esos papeles retirando su demanda, concediendo a su marido la libertad y exonerando a mi hija de toda culpa.

Comprendiendo que era imposible luchar, Constancia accedió. Firmó nerviosamente los documentos.

—Bien — dijo, triunfante, Nadina—. Y ahora, si desea usted quedarse, voy a recibir a su marido.

—No, no...

Salió por una habitación cercana hacia la casa, acompañada de Clark. ¡Qué vergüenza! ¡Cómo la habían derrotado!

Entraron en el salón Lorenzo Fay y los

reporters. La condesa leyó a los periodistas el documento firmado.

—Públiquen ustedes esta información mañana por la mañana.

Uno de los periodistas dijo:



—No digas que me has engañado, amor mío...

—Bien, señora; pero antes de aceptar esta declaración para ser publicada, deseamos saber con qué derecho usted procede.

—Soy la madre de Joyce Gathaway.

—¡Usted!

Y los periodistas, que conocían la histo-

ria frívola de aquella mujer, la miraron asombrados.

—En este caso, lo publicaremos sin vacilación.

Salieron todos. Fay miraba a la madre de Joyce con extrañeza. Pues, ¿no había muerto? La condesa lo retuvo a su lado:

—¿De modo que es usted el joven de quien mi hija está enamorada? — le dijo.

—Señora...

—Aquí tengo un pequeño regalo para los dos.

Le mostró la fotografía en que aparecían Joyce y Lorenzo abrazados. El joven se sentía emocionado. La misteriosa presencia de aquella mujer, a la que creyera muerta, le causaba una nueva extrañeza.

—Y tenga usted también la declaración firmada por su esposa...

—Pero, ¿cómo consiguió usted eso?

—Induje a su esposa a que firmase estos papeles. ¿Y cómo no había de complacerme si es muy buena amiga mía?

—Señora, señora, muchas gracias... Yo no sé cómo agradecerle su intervención...

—Pronto será usted libre para casarse con Joyce. Hágala feliz por usted y por mí... Adiós, amigo.

Fay se despidió de la noble mujer. Esta lanzó un suspiro de dicha. En un instante había hecho mucho bien. Casi había lavado la culpa de su vida.

**

Al día siguiente, Lorenzo Fay corría a comunicar a Joyce la grata noticia de su libertad. Además, le mostró una carta de Constancia en que ésta le decía:

“Nuestro matrimonio se ha hecho imposible. Parto para París con el objeto de obtener el divorcio, sin condiciones. Retiro todas las acusaciones hechas contra ti y contra Joyce Gathaway.

Constancia.”

La intervención de la condesa había sido decisiva. Constancia tenía miedo.

—¿Sabes lo que esto significa? ¡Voy a ser libre! ¿Te casarás ahora conmigo, Joyce?

Le entregó luego las fotografías comprometedoras y los documentos retirando la acusación.

—Pero, ¿cómo y dónde los conseguiste? — preguntó ella.

—Tu madre me los entregó.

—¿Mi madre? ¿Acaso mi madre vive?

—Me mandó llamar para entregarme estos papeles.

—¡Pobre madre mía! — dijo llorando. — Quiero ir a verla en seguida!

—No vayas porque no la encontrarás. Me dijo que se marchaba; no podrás verla...

—Lorenzo, Lorenzo, ¿por qué no he de poder ver a mi madre, si verla y amarla ha sido el mayor deseo de mi vida?

—Ya que tú lo quieras... vayamos a buscarla, tal vez no haya marchado aún. Se oculta bajo el nombre de la condesa de Táuro.

Marcharon. Y mientras tanto, allá en su hotel, la condesa confesaba a su marido toda la verdad. Los periódicos hablaban de la resurrección de la célebre Nadina Gathaway.

—¡Era mi deber — decía —, tenía una hija! ¡Te he mentido! Pero he querido salvar a mi pequeña, aún a costa de que tú me aborrezcas al anterarte de lo pasado.

Pero el conde, que era un gran corazón, la besó y dijo:

—No digas que me has engañado, amor mío. Sabía quien eras desde que te conocí. Me informé, pero supe también que tu conducta era ya ejemplar... Llama a tu hija, quiero estrecharla en mis brazos. ¡También será hija mía!

—¡Esposo mío, angel mío, qué buenos eres!

Abrióse la puerta y una muchacha apareció en el umbral. Iba tras ella Lorenzo.

—¡Madre, madre! — gimió Joyce, echándose en brazos de la condesa.

—¡Hija mía! —
Y quedaron unidas en un dulce abrazo,
mientras los dos hombres, disimuladamen-
te, se enjugaban unas lágrimas...

F I N

Próximo número

La deliciosa novela

ÁMALOS Y DÉJALOS

por Evelyn Brent, Luisa Broks, Laurence Gray

Esta semana en

Los Grandes Films

¿Cuál de las dos?

POR

GRETA NISSEN, ARLETTE MARCHAL
y ADOLPH MENJOU

